

Ian Robertson. *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Ediciones del Serbal y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988, 334 pp.

La actividad editorial en Inglaterra a principios del siglo XIX era grande y, según Ian Jack [*English Literature 1815-1832*. Oxford U.P., 1964, p. 33], entre 1815 y 1832 se publicaron de mil a mil quinientos libros al año dedicados la mayoría a temas de geografía e historia y de viajes a países extranjeros. En su *Bibliografía anglo-hispánica* José Alberich recogió cuarenta y dos obras sobre España publicadas en el Reino Unido entre 1801 y 1808, nada menos que doscientas diez y siete sobre la guerra en la Península y un total de sesenta y cuatro para el reinado de Fernando VII.

A pesar de este interés por España el país quedaba, como escribe Ian Robertson, «muy a trasmano de los itinerarios habituales del *Gran Tourist*» y era muy poco visitada. La proliferación de viajes a España y de libros sobre ella fue consecuencia de la intervención inglesa en nuestra guerra de Independencia y del interés de los románticos por las tierras exóticas.

Los medios de acceso a la Península para los ingleses eran diversos y los itinerarios, aun antes de aparecer el *Hand-Book* de Ford, estaban ya trazados por razones de índole práctica. Quienes venían desde su país por tierra entraban por Bayona, iban a Vitoria, de allí a Burgos y a Madrid y dejaban a sus espaldas las lejanas tierras del norte. Los que entraban por Perpignan visitaban Barcelona y Valencia pues les cogían de camino hacia el sur, otros pasaban desde Gibraltar, algunos cruzaban desde Lisboa por Badajoz o por Salamanca y raras veces desembarcaban en La Coruña. Aparte de la curiosidad natural de conocer Madrid y la necesidad que tuvieron de hacerlo varios por razones profesionales, el foco de atracción era Andalucía y pocos fueron los que dejaron de visitarla. Tan solo viajeros provistos de curiosidad y de tiempo como Cook-Widdrington, Ford o Borrow atravesaron el país en todas direcciones y escrudiñaron lugares remotos. Una consulta al índice de este libro revela que frente a las 34 veces que se menciona Sevilla (29 Cádiz, 26 Granada, 14 Córdoba) el nombre de Ávila aparece 4 veces,

2 los de Santander, Palencia y Cuenca, y una los de Tarragona y Zamora. No había mucho interés por el paisaje del norte de España, revalorizado ya muy entrada la segunda mitad del XIX y por el de Castilla, que lo fue más tarde por los hombres del 98.

Robertson incluye una veintena larga de aquellos viajeros ingleses que dejaron una relación escrita de sus experiencias. Quiere darnos así una imagen de España a fines del siglo XIX tal como lo entendió cada uno de ellos y con este fin hace un extracto de sus libros de viaje que entrecruza con abundantes citas tomadas de aquéllos. Las observaciones y comentarios de los autores son unas veces malhumoradas y satíricas y otras llenas de humorismo y de buena voluntad pero demuestran siempre curiosidad e interés por una cultura y unas gentes a las que se esfuerzan en comprender. Destaco a Joseph Baretti quien después del segundo viaje a España (1760, 1768-69) redactó su *Journey* a instancias del Dr. Johnson, de quien fue íntimo; al poeta Robert Southey, cuyo relato de su paso por Extremadura y por Galicia (1795-96) es un dechado de ingeniosa ironía; a Lord y Lady Holland, famoso el primero años más tarde como hispanista y como protector de los españoles refugiados en Inglaterra y, la segunda, por su *Diary*, por sus cenas y por su talante despótico. Lord Holland visitó España tres veces, las dos últimas en compañía de su esposa, en largas estancias durante 1802 y 1808.

Entre todos ellos, los mejores conocedores del país sin duda fueron Samuel Edward Cook, Richard Ford y George Borrow. El primero viajó por España en muchas ocasiones, la recorrió casi toda, llegó a lugares no vistos por otros y escribió unos *Sketches* de sus experiencias entre 1829 y 1833 y luego, bajo el nombre Widdrington, *Spain and the Spaniards in 1843*. Ford vivió tres años en España (1830-1833) y Robertson incluye un detallado itinerario de sus extensos viajes. Además de sus bellos dibujos, Richard Ford dejó un *Hand-Book for Travellers in Spain* (1845), «el más amplio, preciso e influyente relato sobre España aparecido hasta entonces» [p. 206], que fue reeditado muchas veces y que determinó el modo de viajar de varias generaciones de ingleses.

Si Ford fue el más influyente por su *Hand-Book*, el más pintoresco de todos los viajeros ingleses fue sin duda George Bo-

row, quien en su calidad de agente de la Sociedad Bíblica Británica visitó España en 1835 y luego permaneció en ella tres años y medio durante los que trató con gentes muy diversas desde Mendizábal, Alcalá Galiano o el duque de Rivas cuando ocuparon el ministerio hasta los gitanos extremeños. Sus afanes proselitistas le ocasionaron contratiempos con clérigos y funcionarios y hasta aventuras tan disparatadas como numerosas que Borrow relató luego en varios libros y, en especial, en el tan conocido *The Bible in Spain*.

*Los curiosos impertinentes* apareció por primera vez en 1977 con el subtítulo *Viajeros ingleses por España 1760-1855*, en Madrid y a cargo de la Editora Nacional. En la edición presente se ha suprimido un «Prólogo» de Manuel Fraga Iribarne y al «Prefacio» del autor se antepone otro «a la segunda edición» en el que Robertson advierte de los principales cambios introducidos en ella.

Destaco un tamaño más manejable (170 mm. x 215 mm. de caja), mejor papel, presentación más cuidada y mayor número de reproducciones, la mayoría en color. El texto no ha experimentado alteraciones notables. No así las notas, aumentadas y puestas al día. A los tres «Apéndices» de 1977 se ha añadido otro de «Viajeros ingleses por España desde 1855». Finalmente, la «Nota bibliográfica» queda substituida por una extensa bibliografía referente al contexto cultural e histórico, a los viajes de la época y a los reinados de Carlos III, Carlos IV y la primera mitad del siglo XIX.

Hay que agradecer a Ian Robertson una compilación de gran interés, amena y bien documentada sobre un tema tan fascinante como mal conocido del gran público. Estas narraciones de viajes y la obra de los pintores y dibujantes que visitaron nuestro país por aquellos años (tengo presente la evocadora exposición *Imagen romántica de España*, celebrada en Madrid en 1981) son valiosas fuentes de información para el estudioso de las costumbres y testimonios de una España pintoresca irremediabilmente desaparecida.